



1 Hacia una literatura lúcida — — — — — por MARTIN CERDA

Siempre he sospechado que la literatura no es un este autómata, sino que, al contrario, es un sistema secundario e indirecto de violencias, compulsiones e inclinaciones que, de un modo u otro, se sostiene en la Historia. Esta sumaria sospecha explica, posiblemente, por qué en nuestros días toda literatura se ha vuelto, en último término, "sospechosa", porque al establecer, mediante la escritura, una forma peculiar de solidaridad histórica, el escritor se enfrenta siempre, quéralo o no, con ese fenómeno que Roland Barthes denomina la "ruse de la littérature".

Este planteamiento, para muchos tal vez enigmático, me ha acompañado durante los años que llevo escribiendo, puesto que escribir es — por lo menos, desde hace sesenta o setenta años — un acto fundamentalmente dúbite. Este acto se da siempre, como puede comprobarse en el caso célebre de Paul Valéry o en los casos extremos de las llamadas "aliteraturas", dentro de la zona de variaciones que el escritor introduce en su mensaje primario.

Escribir es, de este modo, modificar el sistema primero, directo e inmediato de la experiencia del mundo. Este sistema es siempre un sistema momentáneo; está constituido, en lo esencial, por una serie de formas, desde las más sencillas hasta las más complejas, del d'été o del temor. Sólo en la medida que el escritor modifica el mensaje primario de sus deseos o de sus temores

es posible hablar de literatura. En este sentido cabe entender la afirmación de Gide de que "con los mejores deseos se hace la peor literatura".

Lo trágico, en nuestro país, de todo planteamiento literario está representado por el hecho que, habitualmente, éste es mantenido voluntariamente dentro de las demarcaciones de lo primario. Rara vez se logra trascender estas demarcaciones. Normalmente la crítica — o esas fórmulas de reemplazo que he denominado la "acrítica" — se ejerce desde esta problemática zona, donde temores, deseos e insatisfacciones juegan un papel muchísimo más efectivo de lo que pudiera pensarse.

Se trata, en verdad, de un acto instintivo.

El carácter instintivo de este ejercicio se ha visto multiplicado por el hecho de que, normalmente, la crítica literaria está, en nuestro país, en manos de escritores fallidos. Es natural que estos ex novelistas, ex poetas o ex cuentistas se cobren en los demás de aquello que no supieron realizar en lo propio.

Cuando, el pasado año, sostení la postulación al Premio Nacional de Pablo De Rokha no lo hice para reparar una injusticia, sino, más bien, para realzar, una vez más, mi posición de que la literatura, en todas sus formas, es siempre un acto que se sostiene en la Historia. De Rokha pertenece, por derecho propio, a los protagonistas de este gran acto. No creo, por lo tanto,

que nadie pudiera hacerle justicia porque su obra está, al fin de cuentas, justificada desde el drama de la existencia actual, como lo estuvo Céline, la de los surrealistas o la de Henry Miller.

Este año, cuando propuse públicamente la postulación al Premio Nacional de Salvador Reyes, tampoco lo hice para reparar otra probable injusticia, porque nunca he abrigado la pretensión de ser un "justiciero", pero, eso sí, siempre he aspirado a ser, en cambio, un hombre justo. Los escritores efectivos no precisan de "legitimadores", porque sus obras no conocen otra legitimidad que la legitimidad de la literatura.

Por excesivo que parezca, en nuestro país, coexisten, se sobrepone o se sobrepresiona, dos formas contrapuestas de literatura que corresponden a dos formas concretas de existencias históricas. Una forma de literatura consciente, lúcida, problemática, cuya cabeza visible estuvo representada por Vicente Huidobro. Otra forma, instintiva, primaria, caótica, cuya expresión máxima la encontramos en Pablo Neruda. Lo que media entre ambas formas de literatura es, justamente, la gran fura que escinde, desde su invención, al mundo americano.

Yo no podría explicar en pocas palabras la magnitud de este fenómeno. Me remito al hecho señalando, como, en estos días, los más importantes aportes a la literatura hispanoamericana — desde Jorge

Dalí Borges a Alejo Carpentier, desde Miguel Ángel Asturias a Ernesto Sábato, desde Julio Cortázar a Carlos Fuentes — proceden de la forma lúcida, consciente y problemática del acto literario, hasta el punto de configurar un nuevo "momento" de esta permanente reinvención de lo americano en que, querámoslo o no, estamos inscritos.

Dentro de este proceso estamos forzados, como en cada momento de nuestra vida, a escoger. Cada elección es siempre un fragmento del código tático de nuestra existencia histórica. Un fragmento real de una tentativa de lucidez o, al contrario, de una tentativa de "barbarización". Esto que llamamos Historia no es sino una problemática poética que sólo es posible en la medida que cada una de nuestras elecciones, desde la elección erótica hasta el acto crítico, está orientada hacia la "humanización" del espacio geográfico que habitamos.

En esta situación, sin querer desconocer los posibles méritos de nadie, conviene, sin embargo, explicar públicamente el cariz efectivo de ciertas "elecciones".

Transitamos una hora amenazante. El pensar efectivo se ha vuelto raro e insolito. La literatura se ha vuelto, como ya dicho, "sospechosa", el subterfugio presiona desde todas las zonas de la experiencia actual, la vida entera transcurre entre fragmentos de conceptos vaciados de todo contenido... Sólo tenemos, en medio de este gran torbellino, esta humil-



MARTIN CERDA
Miembro del Jurado del Premio Nacional de Literatura 1965, en representación del Ministerio de Educación

de, única e irremplazable voluntad de lucidez que señala al hombre entre las demás criaturas.

Si al escritor corresponde establecer, mediante la escritura, una forma peculiar de solidaridad histórica, corresponde al crítico mostrar la zona de gravedad en que esta forma peculiar se realiza e intentar, consecuentemente, una perspectiva abierta, fecunda e incitante sobre el logro de nuestro tiempo.

En mi caso personal — es decir, en el caso de un hombre histórico, tal vez algo pesimista, consciente de las antinomias de la existencia actual — no veo otra perspectiva posible que la que esta nota propone y expone: hacia una literatura lúcida. Lo otro será siempre primitivismo, candoroso primitivismo, botánica doblegada de lo humano.



LUIS SANCHEZ LATORRE
(Filebo)
Miembro del Jurado del Premio Nacional de Literatura 1965, en representación del Ministerio de Educación

Pregúntaselo al maestro Samuel Peppers qué razones lo movieron a votar por Juvencio Valle en la reunión del Jurado del Premio Nacional de Literatura.

2 ¿Por qué Juvencio Valle? — — — — — por FILEBO

Contesta:
—Razones, ninguna. Más bien, susurrones. ¿No ha escrito Reverdy que "entre las cosas sin valor y sin ninguna utilidad que se enumeran, la poesía es seguramente una de las más impresionantes"?

—¿Significa ello que la poesía no sirve de nada?

—Tome usted esta precisión de Pierre Emmanuel: "La poesía es una de esas cosas sin valor, sin valor negociable, ya que en el mundo en que surge sólo es valor lo negociable. En ese sentido igualmente podría decirse que el espíritu carece de valor. Así como es difícil dar una definición del espíritu, fuera de la de ser el lugar de lo gratuito, de la alegría y de la gracia..."

—¿Su voto fue de oposición a Salvador Reyes?

—Jamás. Mi voto fue en favor de Juvencio Valle. La obra de Reyes me parece admirable, digna de todo respeto.

—¿Y Daniel Belmar?

—Un narrador excelente, un

seguro candidato al Premio Nacional de Literatura.

—¿Y por qué no votó usted por Salvador Reyes o por Daniel Belmar?

—Porque nadie representa mejor que Juvencio Valle la tragedia del espíritu (la tragedia de lo "no negociable") en nuestros días.

—¿Alude usted al hecho público y notorio de que el poeta ha sido una víctima de proscripción en el registro de la Biblioteca Nacional?

—Creo que existe una confusión. El Director de ese establecimiento es una víctima. Sufre el "mal de los libros", un veneno, una intoxicación como cualquier otra. Su sensibilidad funcionaria no ataca el carácter gratuito, "inútil", de la poesía; sencillamente, lo ignora. Su nombre a la cabeza de la Biblioteca Nacional simboliza el efecto morboso de esos lugares en que el almacenamiento en serie de libros amenaza con el exterminio del hombre.

—Digo en propiedad que el Director es

victima de un flagelo de la cultura moderna. El libro, como el adverbio de Huidobro, "cuando no da vida, mata". Abogar a los poetas entre libros es uno de los tormentos más crueles e hipócritas que la mentada "cultura contemporánea" ha inventado para abolir la supervivencia del espíritu.

—¿Está usted contra los libros?

—Sí, contra los libros como "mercancías", como factores de trastorno del hombre o como productos de "progreso" de una sociedad reificada.

—¿Es posible una definición de la poesía de Juvencio Valle?

—Hay quienes la definen mediante una crítica de las fuentes y de sus vinculaciones con el modernismo. ¡Palabras, palabras, palabras! ¿Qué sentido tiene eso de catalogar vocablos tales o cuales en la obra de un poeta? ¿Qué luz nos puede ofrecer la observación fontanera de que Valle viese de ésta u otra vertiente,

o que en su poesía todavía subsisten los faunos de Rubén Darío? Nadie, salvo los profesores, lee la poesía para practicar anotaciones técnicas. He aquí, una vez más, el "cientificismo" consagrado a diseccionar fragmentos de la existencia. No. La poesía de Valle es algo profundo, vital, verdadero. "Fosado sobre una rama el solitario ha cantado según la intensidad de las primavera o la fortaleza de su ánimo".

—¿Prevalecerá esta poesía?

—Se ha dicho que la llamada "obsesión tecnológica" que domina al hombre de hoy no es sino otra forma de sujeción a la Naturaleza. La poesía de Valle es una forma de liberación de la Naturaleza. El espíritu se expresa a través de ella. El mundo material (el árbol, la flor, los pájaros) es en Valle una humildé, una diáfana categoría en la infinita escala de Dios. Si esta poesía no prevalece, tampoco prevalecerá al hombre.

AUTORÍA

Cerda, Martín, 1930-1991

FECHA DE PUBLICACIÓN

1966

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hacia una literatura lúcida [artículo] Martín Cerda.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile